

15° Concurso Literario

Seudónimo: h_cero

Categoría: Categoría 1

Título del texto: Comunicado Oficial

Comunicado Oficial

“Bang, bang, bang

Hojas muertas que caen

Siempre igual

Los que no pueden más se van.”

Viernes 3 AM - Serú Girán

Objeto/s: hojas rayadas, arrancadas de una libreta mediana (15.5 x 21.5 cm).

Descripción: encontradas al lado de una pistola (descargada) junto al cuerpo del conscripto “Leandro Felli”.

16 de Junio de 1982 - 16 P.M hs

Voy a matar a un hombre, y ese hombre seré yo. Acabo de realizar un llamado que, además de dejarme sin cospeles, me dejó también sin esperanzas.

No es la primera vez que pienso en suicidarme. La situación actual es extraña desde hace mucho, y mis días transcurren en un cúmulo de tiempos difíciles. En términos “coloquiales”, dada la disposición social, no es tan extravagante considerar el suicidio como opción.

Es cierto que la guerra significa algo diferente para cada persona, y es cierto que la guerra **cambia** a las personas. Y no es que la guerra traiga consigo fines catárticos, ¡es que recién me cae la ficha de la modalidad sistemática ocurrida en mi propio país! tuvieron que disgregarme el brazo y la pierna para darme cuenta. ¡Qué imbécil!

Comunicado Oficial

Antes de continuar, voy a ponerme en contexto: nací en el '63 y crecí junto al amor hacia la música de mi padre y junto al amor hacia la literatura de mi madre. Mi viejo recitaba letras del Flaco seguidas de las nuevas de Charly, y mi vieja recitaba escritos de Cortázar o Borges. ¿Y yo? bueno, desarrollé (además) una afición hacia la cultura británica. Siendo sincero, me costaba aceptar que compartía los mismos deleites de mis padres (cuestiones de puberto avergonzado), así que, durante el día, canturreaba algunos versos de The Beatles y leía policiales de Doyle o Christie; entonces, llegado el anochecer, mientras nadie me veía, relucía mi mayor faceta nacional intentando cazar alguno de mis gustos culposos por la radio.

A pesar de las múltiples disputas en los banquetes familiares, había conformado una erudición de gustos ampliamente variados y me sentí orgulloso con mi cometido. Aproveché todo este proceso para empapelar las paredes de mi habitación con fotos de álbumes, cantantes y coleccionar algunos discos. También ahorré bastante para comprar mis primeros libros.

Llegado el '76, las cosas se pusieron turbias: desde el centro de estudiantes de mi escuela (renombrado "club colegial" por medidas de seguridad) empezó a circular el rumor de una tal "lista negra" y, si figurábamos en la misma, debíamos darnos por muertos. Por ello, entre todos nos dirigíamos mediante apodos. Yo me clavé "El Corcho" porque soy un corcho en matemáticas (chiste malo).

Un año después, me asomé a mirar por el balcón (vivo en un séptimo piso) y, de repente, un grupo de mujeres con pañuelos blancos atados a la cabeza comenzó a circular de a pares alrededor de la plaza. No sabía lo que hacían, pero se me hizo un espectáculo bastante agraciado. Así que, al igual que un detective, comencé a espiarlas todas las semanas.

Comunicado Oficial

¿Séptimo piso? ¿edificio? ¿plaza?

Había encontrado inspiración.

En el '79, recibíamos constantemente compañeros nuevos en la escuela, que a las dos o tres semanas se marchaban. Más tarde comprendí que, en realidad, eran personas corriendo por su vida.



También, durante ese año, a partir de las 20 hs. me acostumbré a cubrir con papel de gaceta los pósteres de mi habitación.

—Por las dudas —me dijeron mis viejos.

— ¿Por las dudas qué? —les respondí.

—Por las dudas pase el chabón en helicóptero que nos manda a dormir a las diez de la noche y justo sus luces peguen contra la ventana de tu pieza.

“¿Qué tanto drama pueden generar unas simples imágenes pegadas a la pared? si a las minas con las que hago el amor les encantan. Es más, al ver los pósteres probablemente se calientan el doble” pensé ingenuamente aquella vez. Acto seguido me percaté de que, desde hacía un tiempo, ya no sintonizaba mis gustos culposos por la radio y que, por un largo período, ya no lo volvería a hacer.

No me siento bien, seguiré escribiendo más tarde. Más bien, ¿por qué estoy contando mi vida en éste retazo de papel? creo que no tengo a nadie más con quien hablar...

16 de Junio de 1982 - 21 P.M hs

Comunicado Oficial

He preparado mi equipaje y estoy listo para regresar a casa. Lo malo es que mi pensamiento intrusivo cada vez se vuelve más delirante. Mi cabeza solo emite una pregunta detonante: “¿y si me pego un tiro?”.

Trataré de distraerme escribiendo un poco más.

Al año siguiente, mis viejos me mandaron a hacer la colimba; era la versión remasterizada de la catequesis, ambas con el mismo grado de obligatoriedad. De los ‘80 solo tengo el recuerdo de mi preciada melena, cortada en un santiamén antes de ingresar al servicio, y de las disputas familiares gracias a mis berrinches al enterarme que debía ir.

Ahora que lo pienso, siempre fui el causante de las peleas en casa.

Al terminar la colimba (dos años más tarde, ya en el ‘82) me llamaron de nuevo para decirme que participaría en la guerra de Malvinas, que los ingleses querían atacarnos y que debíamos defender a la patria. Las islas fueron, en aquella temporada, un maná para los periodistas faltos de información.

Me angustié y lloré en silencio. De repente, estaba luchando por un pedazo de tierra que ni conocía; la tierra de nadie, que al final era mía. De repente, las disputas en los banquetes familiares empezaron a cobrar vida, trasladándose a un plano palpable, del que seguro mis padres se regocijaron internamente “al tener la razón”.

Comunicado Oficial

Despedirme de mis padres no fue duro, fue duro despedirme de mi hermano Agustín. Nunca imaginé que mi hermanito de tan solo 11 años crecería con el concepto de la guerra de manera tan cercana. No quería eso para él.

Momentos antes de irme, le sacudí el pelo y le prometí que la reseca muerte no me encontraría. ¿Podré cumplir ahora con mi promesa?

Al subir al avión, solo pude pensar en Agustín. Estaba tan asustado, tan PARALIZADO, que olvidé que en el campo de batalla uno puede llegar a morir. Abrí la mochila, saqué éste cuaderno, y comencé a escribir (irónicamente) mi primer policial, titulado: “El séptimo piso del edificio de la plaza”.

Debo tratar de dormir. Hay cosas que no soy capaz de despejar.

16 de Junio de 1982 - 2 A.M hs.

Sigo sin poder dormir. Las imágenes de la guerra me atormentan, y ni hablar de los pensamientos intrusivos. Solo veo sangre, sangre ajena y sangre propia, mezcladas en un mismo frasco, y me dan ganas de vomitar. De repente, fragmentos extraídos de la radio y el llanto de los intelectuales al unísono del comunicado oficial: “se recomienda a todos los habitantes el estricto acatamiento a las disposiciones y directivas que emanen de autoridad militar (...)”. Siento la cama arenosa.

El campo de batalla era concretamente cuerpos tirados en el piso, iluminados por el fuego, peleándose entre acá y el más allá, suplicando por ayuda que jamás llegó. Sin embargo, el

Comunicado Oficial

verdadero infierno comenzaba luego de cada enfrentamiento; si nos iba mal, nuestros jefes nos privaban de nuestras necesidades básicas, nos ridiculizaban en frente de nuestros compañeros o nos mandaban a los “pozos”, donde caíamos muertos de frío, muertos de hambre, o directamente muertos.

¿Cómo pretendían que lucháramos bajo esas condiciones?

Una noche, mis superiores encontraron junto a mis cosas el borrador de “El séptimo piso del edificio de la plaza” y lo tiraron al océano frente a mis ojos. Me gritaron y me mandaron al pozo, donde me comí las lágrimas. Más tarde, me dijeron (con más gritos) que salga rápido a batallar. Mientras corría, abrumado aún por la situación, me mareé de la nada y me detuve. En ese maldito descuido, pude sentir con lujo de detalles el impacto de las balas contra mi cuerpo. Caí duro al suelo y me desmayé. Al despertar, entre el dolor y las conversaciones intermitentes, sentí la cama arenosa (como ahora). Me hundí en ella y, al despertar nuevamente, ya no contaba con mi pierna y mi brazo izquierdo. Pensé otra vez en Agustín.

Profanar: dañar con palabras o acciones la dignidad, la estima y la respetabilidad de una persona o de una cosa, especialmente la honra y el buen nombre de una persona muerta.



En fin. Luego la guerra terminó, me mandaron a Río Gallegos y más tarde a Buenos Aires, desde donde llamé a mis viejos y en donde me encuentro ahora, escribiendo como un tarado a la luz de una vela, igual que sobreviviente que vuelve de la guerra.

Comunicado Oficial

Si tuviera que definir mi día en tres palabras, serían: abatimiento, decepción y extremidades.

Bueno, las extremidades me faltan, pero el abatimiento y la decepción me sobran.

¿Qué pensarían las vagas a las que tuve en ronda al verme en este estado?

Desarrollé una aversión hacia la cultura británica. Es decir, ¿cómo podría seguir identificándome con la misma luego de todo esto? ¿Cómo no odiarla si dejaron a novecientos y tanto de los míos hechos trizas? Mi maldito policial reside en el mismo océano donde murieron más de 300 compañeros, ¿cómo no sentir repulsión ante un pedazo de tierra que solo causó problemas? mientras luchábamos, los íconos del rock hicieron un festival para recaudarnos comida y abrigo, recursos que terminaron repartidos entre los militares. ¿Mis ídolos también fueron engañados? ¿Contribuyeron en la farsa? no quiero dudar también de mi propia cultura.

Los “gustos culposos” terminaron siendo Holmes y Poirot después de todo. Si al final el mastín de los Baskerville era yo, no quiero saberlo. Si al final el décimo negrito era yo, no quiero saberlo. Si al final Wilde estaba de mi lado, no quiero saberlo.

Repaso todas mis desgracias en espiral. En realidad, nunca tuve el descaro de hacer el corte final. Recién ahora encuentro razones para hacerlo; estoy lisiado, me siento culpable de mi erudición y mis viejos me dijeron de manera indirecta que se les hago un peso. ¿No es más que suficiente?

Antes que nada, debo despedirme:

Comunicado Oficial

Madre, ponme las medallas en la chaqueta y los zapatos en mi único pie, porque ya no me lo puedo poner.

Padre, no trates de despertarme por la mañana, porque ya me habré ido.

Mi querido Agustín, lamento no poder cumplir con mi promesa, pero tu hermano ya no aguanta más. Ni siquiera puedo comer un bife y sentirme bien.

No te sientas mal por mí, quiero que sepas que en lo profundo de mi corazón me sentiré agradecido de marcharme.

Tengo un arma en la mochila que contiene una última bala. Es una oportunidad que no puedo desaprovechar, “El problema final”.

En mi cabeza:

Te vas a ir, vas a salir

Pero te quedas

¿Dónde más vas a ir?

Y en mi corazón:

bum-bump

bum-bump

bum-bump.

Comunicado Oficial

Abriré la boca y me tragaré la bala. Sí, eso voy a hacer. Me secaré las lágrimas y apoyaré el arma sobre mis labios. Sí, eso voy a hacer.

Búsquenme, me encontrarán

En el país de la libertad.

La bestia debe morir, el hombre muere también; sí, ambos deben morir. Que éste sea el epitafio entre la guerra y los soldados inocentes.

Basado en el texto “El hermano de mi amigo fue a la guerra” por Hernán Casciari.